

en dicha capital, entre las aclamaciones y el aplauso de la muchedumbre, que convirtieron su entrada en un triunfo espontáneo y por lo mismo mas lisonjero.

La Reina premió tan elevados merecimientos y extraordinarios servicios nombrando á Concha capitán general de ejército.

CAPITULO III

Legislatura de 1849.—Amnistía.—Expedición á Italia.—El ministerio relámpago.—Nueva legislación.—Crisis.—Dimisión de Narvaez y de sus compañeros de ministerio.

Ya hemos dicho que, dando Narvaez por terminada su omnífida dictadura, volvió á abrir las Cortes á fines de 1848. Antes de hablar de la apertura, conviene apuntar aquí, del modo mas sucinto, algunos sucesos que le precedieron y que acabarán de dar idea de la situación de los partidos y de los ánimos en España. No incumbe á nosotros, que solo escribimos un breve compendio y no una historia extensa de este período tan abundante en casos extraordinarios, dar por ciertos algunos que, en nuestro sentir, están aun entre neblinas; que no son al cabo de la mayor importancia; y que pudieran perjudicar á personas muy conocidas y estimadas. Así, por ejemplo, ni afirmaremos ni negaremos que don José de Salamanca prestase auxilio á la causa montemolinista, ni que fuese él quien compró los seis mil fusiles que al fin no entregó Laca. Tampoco trataremos de dilucidar si otro banquero célebre, llamado don José de Buschenthal, hombre de peregrino ingenio para las especulaciones comerciales, y que pasa por haber sido el maestro de Salamanca, así como los señores don Salustiano Olózaga y don Patricio de la Escosura, favorecieron entonces la causa de Montemolin, movidos por el despecho. Esta última suposición nos parece tan monstruosa que nos negamos á darle fundamento alguno.

La situación de la Hacienda era, como casi siempre, muy lastimosa, y todavía lo parecia mas por el descrédito que lord Palmerston promovía, irritado contra España, y valiéndose de sus periódicos que no había género de calumnia ni de injuria que no lanzasen contra el gobierno español, contra la familia real y contra la nación entera. Sobre todo despues de la despedida de M. Bulwer, la prensa inglesa se desataba en injurias en daño nuestro; nos insultaba por todo, y sobre todo porque no pagábamos. Así un usurero, falto de delicadeza y lleno de bilis, hubiera podido insultar á un acreedor moroso, de quien, por su excesiva debilidad, no hubiera tenido que temer una paliza. Decía que la corte de España era la deshonra de Europa; llamaba á nuestro gobierno imbécil, arbitrario, sediento de sangre, tiránico, desvergonzado, bajo y corrompido; y añadía que Inglaterra no debía enviar cerca de nosotros mas representante que una escuadra para que nos sacase por fuerza el dinero que debíamos á los súbditos británicos, y luego abandonase esta arena de bestias feroces á fin de que se despedazaran todo el tiempo que quisieran. Tales insultos animaban, sin duda, á los acreedores extranjeros á que nos insultasen tambien y á que fueran mas exigentes. Mucho debía de sufrir Narvaez y mucho debía de contenerse para sufrirlo.

Se cuenta que en una junta de acreedores, dijo uno con ironía, dirigiéndose á Narvaez: «España es grande, poderosa; cuenta con hombres tan eminentes... Ya que Cristóbal Colon descubrió la América, ¿por qué alguno no descubriría el modo de que cumplierse sus sagradas obligaciones?» Narvaez contestó sin titubear: «Cristóbal Colon descubrió la América, porque había una América; pero nosotros no podemos descubrir el dinero porque no le hay.»

No contento el gobierno inglés con proteger en España á todos los enemigos del gobierno, ora fuesen montemolinistas, ora progresistas, ora republicanos, se sospecha que alentaba tambien y favorecía á todos cuantos trataban de perturbar el órden ó de promover conflictos en nuestras posesiones de Ultramar.

Lo cierto es que ofendido el gobierno inglés, porque conti-

nuaba la trata de negros á pesar del convenio para acabar con ella, se mostraba en las colonias muy contra nosotros.

Don Narciso Lopez, animado tal vez por los ingleses, estuvo en lo interior de la isla, entre Cienfuegos y Trinidad, y tramó una conjuración para que Cuba se entregase á los Estados Unidos ó se hiciese independiente. La conjuración por dicha, fué descubierta; algunos de los cómplices de Lopez fueron apasionados, y él logró fugarse.

A pesar de tantos y tan poderosos enemigos, Narvaez triunfaba en todas partes con constante fortuna: hasta en las islas que poseemos aun en el extremo Oriente. El Archipiélago Filipino estaba infestado, hacia tiempo, por las piraterías de los habitantes de las cercanas islas de Joló, hombres de raza malaya, en estado semi-salvaje aunque siguiendo la religion del islamismo algo desfigurada, y reconociendo por príncipe, soberano ó jefe supremo, á uno á modo de sultan, y por inmediatos jefes ó caudillos á ciertos nobles ó señores que llaman *datos*. El acabar con estas piraterías era sumamente importante para España, no solo para bien y seguridad de sus súbditos y de su comercio é industria en aquellos remotos países, sino tambien para evitar que, con el pretexto de limpiar de piratas aquellos mares, alguna poderosa potencia marítima acudiese por allí con naves y armas y hasta llegase á fundar su dominio sobre los joloanos, dándonos una vecindad, cuando no mas incómoda, mucho mas peligrosa. Como reparo de estos males fué pues en extremo conveniente la expedición contra las islas de Joló del capitán general Clavería. La expedición tuvo éxito dichoso. Nuestra escuadra tomó primero el fuerte de Balanguingui, cogiendo al enemigo sus cañones, y se apoderó luego del fuerte de Sipac, donde los malayos se defendieron con feroz bravura, matándose al fin unos á otros por no rendirse. El Sultán reconoció la soberanía de España merced á un pequeño socorro anual que se con vino en darle. La piratería casi desapareció desde entonces, por algunos años al menos. En esta expedición se hicieron dueños los españoles de cuatro fuertes, de ciento veinticuatro piezas de artillería y de ciento cincuenta barcas de piratas; rescataron sobre doscientos cristianos cautivos, y en los diversos combates dieron muerte á cerca de quinientos malayos. El general Clavería fué recompensado con la gran cruz de San Fernando y el título de conde de Manila.

Narvaez solía deslustrar todas estas ventajas con sus ímpetus y furros. La Reina, que siempre fué muy generosa, se inclinaba á la clemencia. Narvaez, despues de vencer en Madrid el 26 de marzo y el 7 de mayo, pudo ser clemente tambien, y sobre todo pudo, sin perjuicio ni peligro, ahorrarse muchas prisiones y destierros. Hasta la prensa moderada le excitaba á que fuera benigno, distinguiéndose en esto, entre todos los periodistas, el activo é inteligente don Andrés Borego, cuyos consejos dijo Narvaez que aceptaba aunque le separó del cargo que le había dado de ministro plenipotenciario en la Confederación Helvética.

En las prisiones hubo mucho lujo innecesario, siendo una de las que mas dió que hablar la de don Salustiano de Olózaga, á quien parece que Narvaez tenia intención de enviar á las Islas Marianas. Olózaga logró escaparse en Córdoba, desde donde, disfrazado de contrabandista, ganó la frontera de Portugal y de allí pasó á Francia.

La crisis monetaria que hubo en Madrid concurrió tambien al descrédito de Narvaez. El Banco era como el cajero del gobierno. Cundió el pánico. Todos los tenedores de billetes acudían á cambiarlos. El precio del descuento subió enormemente, haciéndole mas odioso el que se murmurase que algunos empleados de aquel establecimiento de crédito se lucraban cambiando moneda por billetes. Decíase tambien que provenia la falta de moneda de que en aquellos dias se había pagado á la duquesa de Montpensier el resto de su dote y se habían enviado doce millones á Londres para la compra de tres vapores. La Reina, muy deseosa siempre de popularidad, y aun sin esto, muy desprendida de suyo, hizo entonces donación al Estado de lo que á su Real Casa debía, y que segun parece llegaba á 90 millones. Esto debe estimarse tanto mas cuanto que la Reina, cuya generosidad era harto conocida, estaba siempre acosada de peticiones, para acudir á las cua-

les, segun se lo inspiraba la grandeza de su ánimo, no había dinero que bastase.

Es indudable que si se hubiese dado gusto y si se hubiese cedido á los empeños y súplicas de la Reina, á casi nadie se hubiese condenado con motivo de las asonadas, motines y rebeliones del año de 1848. La Reina quería perdonar é indultar á todos. Narvaez, inducido tal vez por su carácter violento y tal vez aconsejado por algunos conservadores, harto aterrizados por la revolución que en toda Europa ardía, se resistió casi siempre á los ruegos de la Reina.

Se abrieron, por fin, las Cortes el dia 15 de diciembre de 1848. En el discurso de la corona, que el ministerio puso en boca de la Reina, fuerza es confesarlo, había mucho de importante y algo de satisfactorio, ya para toda la nación, ya para el partido que en el poder prevalecía. Nuestras relaciones con el Padre Santo se habían restablecido. Los soberanos de Prusia, Austria, Cerdeña y Toscana, habían reconocido á la Reina. Si estaban interrumpidas nuestras relaciones con Inglaterra, era por no sufrir afrentas y humillaciones que nos rebajaban. En la Océania habíamos vencido á los piratas. En la Península había prevalecido el órden contra todos los ataques y rebeldías de las opuestas facciones, entonces inmoralmente aliadas, de montemolinistas y republicanos. Y, por último, había quedado vigente el nuevo Código penal, con algunas alteraciones. En punto á Hacienda, por mucho que el gobierno tratara de disimular, nada se podía decir de muy lisonjero. El gobierno se disculpaba con alegar que los sucesos políticos no habían consentido que se realizasen las mejoras que el plan de contribuciones prometía, ni que hubiese equilibrio entre los gastos y los ingresos; que antes por el contrario el gobierno, en uso de la autorización que se le había concedido, había tenido que exigir un anticipo de cien millones. Por lo demás, fundándose en la situación general de Europa y en la guerra civil, que aun duraba en Cataluña, afirmaba que era indispensable que él conservase aun, hasta cierto punto, el poder dictatorial entre sus manos.

De un suceso gravísimo se daba, por último, noticia oficial y solemne á las Cortes en aquel documento: se les decía que el Padre Santo se había visto en la necesidad de huir de Roma y de refugiarse en tierra extranjera y que el gobierno español le había hecho la oferta, no solo de un asilo en nuestro suelo, sino tambien de prestarle apoyo. Esto era ya preparar los ánimos y abrir camino para enviar una expedición guerrera contra la flamante república romana.

La mayoría del Congreso de diputados tuvo el propósito de elegir por presidente al señor Ríos Rosas, pero el ministerio presentó como candidato al señor Seijas Lozano, el cual triunfó. Poco despues tuvo el señor Seijas que hacer dimisión del cargo de diputado, por incompatibilidad, y en lugar suyo, el señor Mayans fué elegido presidente. Para la presidencia del Senado nombró el gobierno al marqués de Miraflores.

Aquella legislación, que terminó el 14 de julio de 1849, careció de animación política, porque el prestigio de Narvaez era grandísimo aun y los ataques de las oposiciones hacían en él poca mella. Y no porque las oposiciones, aunque no contasen con mucha gente, dejasen de ser varias y no tuviesen al frente de ellas á personajes de valer y nombrada. Hallábanse, no obstante, harto desalentadas.

En esta legislatura empezó á dibujarse de una manera mas distinta y clara el nuevo partido democrático que salía del progresista. Su principal caudillo era don Nicolás María Rivero.

La mayoría moderada era grande, pero estaba dividida en diversas fracciones que obedecían inmediatamente á varios jefes, entre los cuales los había de un ministerialismo constante; otros que eran ministros como Sartorius; otros que empezaban á tener conatos de oposición como Nocedal; y otros que ya la hacían, como Benavides, Gonzalo Moron, Bermudez de Castro y Gonzalez Brabo.

Durante esta legislatura, á pesar del poco tiempo que duró y de lo desanimada que estuvo, se discutieron é hicieron algunas útiles leyes administrativas. No se discutieron los presupuestos, sino que se plantearon por autorización.

El dichoso término que tuvo la guerra de Cataluña dió al

gobierno mayor autoridad y crédito, acrecentándolos con la amplia amnistía que para celebrar y solemnizar digna y generosamente la paz, dió Narvaez el dia 8 de junio.

Con este motivo, don Manuel Cortina, en un elocuente y sentido discurso, dió en las Cortes á Narvaez las gracias mas encarecidas en nombre de su partido, y Narvaez, con profunda emocion, y entre los mas ruidosos aplausos del público, le contestó diciendo que su mayor ventura y gloria era haber podido proponer á la Reina aquel decreto, y que su deseo mas ferviente era que redundase en pro de la libertad y de la Constitución, y que el gobierno no tuviera nunca en adelante que apelar á medidas extraordinarias y á apartarse de la ley.

En virtud de aquel generoso decreto, apudieron volver y volvieron á pisar el suelo patrio muchos emigrados de todos los partidos, y entre ellos los jefes carlistas conde de Casa Egúía, Villareal, Zaratigui y Montenegro.

Un hecho de los mas importantes del ministerio Narvaez fué la expedición de Roma, por la cual, segun las opuestas opiniones de los que la juzgan, ya le prodigan desmedidas alabanzas, ya le censuran de la manera mas acerba. Prescindiendo de todo espíritu de partido, menester es confesar que el compromiso en que se vió España entonces fué ineludible. El aceptarle no mereció, pues, ni reprobación ni encomio; pero sí le merecen el ahínco y los desvelos con que Narvaez procuró salir de él lo menos desairadamente que pudo, á pesar de los apuros del Tesoro español y de nuestra falta de medios. Las cosas que se hacen con buena voluntad y sano propósito, medianamente bien y segun ciertas reglas de discrecion y prudencia, no pueden menos de aprobarse y hasta de aplaudirse, sin negar por eso que una inteligencia superior, un genio, ya en las negociaciones diplomáticas, ya en las cosas de la guerra, con mas alto atrevimiento y teniendo propicia á la fortuna, no hubiera podido sacar de todo mucho mejor partido.

El Sumo Pontífice, por medio de su secretario de Estado el cardenal Antonelli, pasó una nota circular á los gabinetes europeos pidiendo la intervención armada de las potencias católicas, y sobre todo de Austria, Francia, España y las Dos Sicilias, para restablecerle en su trono.

Es evidente que la intervención armada en Italia de pueblos extraños á aquella península hubiera podido evitarse si Carlos Alberto, poniendo en práctica el pensamiento de Gioberti, lleva él mismo al Papa á Roma, socorriéndole con sus soldados; pero esto no pudo ser. Carlos Alberto tenia antes que perecer ó restablecer su crédito, satisfaciendo en cierto modo á la revolución. En vez de vencer, fué vencido en Novara, y mal pudo ya restablecer á nadie en su trono quien tuvo que abandonar el suyo.

Todavía acaso, en aquellas tan difíciles circunstancias, si el Rey de Nápoles hubiera sido hombre de mas arranque, contando como contaba con numeroso y lucido ejército y con buena escuadra, hubiera podido caer rápidamente sobre Roma, antes de que entrase Garibaldi con su división en la ciudad eterna, y restablecer allí al Padre Santo, refugiado en su territorio, evitando así la intervención extranjera. Por desgracia, el Rey de Nápoles no era capaz ni tal vez tenia aliento para acometer por sí solo empresa de tal tamaño.

Resultaba de todo ello que, si no acude el cardenal Antonelli por medio de su nota circular á todas las potencias católicas, y si estas no se prestan á reponer al Papa en su trono, los austriacos, triunfantes ya en Novara, le hubieran repuesto solos, enseñoreándose mas en Italia y acrecentando su influjo y dominio. El llamamiento, pues, del Papa á las potencias católicas, fué favorable, léjos de ser adverso á los intereses de su país.

Aunque Francia y España no hubiesen intervenido, hubiera sido locura soñar siquiera en la conservación de la república romana. Roma hubiera caído en poder de los austriacos como cayó Venecia, aun cuando se defendió heroicamente.

Es innegable, á nuestro ver, que en el estado actual del mundo, mas bien que necesidad imprescindible, era estorbo y grave inconveniente para que el Papa ejerciese su poder espiritual el que fuese soberano de un Estadillo donde había muchos descontentos de su dominio y donde le era casi im-

posible sostenerse sin el apoyo violento de una gente extraña, odiada por opresora de Italia toda.

Desechado por irrealizable el plan de Gioberti, no teniendo el Papa la hegemonía entre los príncipes italianos, no siendo, ya que no dominador de la península, supremo jefe de una gran confederación, su poder temporal había acabado; estaba indefectiblemente condenado á muerte; pero ni había llegado aun el tiempo en que se cumpliera esta sentencia; ni la ocasión era propicia, despues de la rota de Novara; ni al Padre Santo le tocaba resignarse y ceder, sobre todo ante una república nacida del asesinato de Rossi.

Por cualquier lado que se mire era inevitable la restauración del Papa. Aunque Francia era república, la reacción la trabajaba ya, despues de haber vencido á los socialistas y á los rojos en las tremendas jornadas de junio, y siendo presidente Luis Bonaparte, que despues fué Napoleón III. Había además mil razones para que no pudiese aceptar solidaridad alguna con la república romana. No era menester acudir al maquiavelismo tiránico de Luis Bonaparte ni á sus proyectos liberticidas para explicarse por qué no fué en favor de Roma en lugar de ir en contra de Roma. Luis Bonaparte se vio obligado á hacer lo que hizo y la Asamblea francesa tuvo que aprobarlo y aplaudirlo. ¿Cómo cabe, pues, censurar al gobierno de Narvaez porque también enviase una expedición á Italia en contra de la república de Mazzini? De no haberse levantado en armas en defensa de Mazzini, en contra del Papa, y, si no de los intereses, de los deseos, preocupaciones y creencias de la mayoría de los católicos, nada se pudo hacer de mas liberal ni de mas contrario al predominio de Austria que lo que se hizo.

Tal vez se dirá que España debió enviar al Papa algun socorro pecuniario, ó meras palabras de consuelo, y excusarse de acudir al llamamiento con armas y bajeles. De esta suerte no se hubiera empeñado en gastos extraordinarios y no hubiera hecho el papel tan poco airoso que en aquella lastimosa tragedia le tocó representar; pero el nombre, la historia, la gloria pasada, la posición que en el mundo se ocupa, obligan á menudo á las naciones que á los particulares, á sacar fuerzas de flaqueza, y á aceptar compromisos, en los cuales, por mal que se salga, queda siempre mejor puesto y mas honrado el que los toma sobre sí que el que los rehuye.

El gobierno de Narvaez hizo bien en enviar la expedición á Roma. Una censura puede hacerse que á alguien parecerá pueril, pero que, si bien se repara, no lo era. A cualquier general, que no faltan en España generales, debió enviar Narvaez á Italia, al frente de nuestro pequeño ejército, antes que mandar á un Fernandez de Córdova. Era de presumir que nuestro papel en Italia iba á ser sobrado modesto, ya que no deslucido. ¿Para qué, pues, mandar á Italia, país de gente burlona y maleante, á uno que llevaba el propio apellido del Gran Capitán? Esto era, de parte del gobierno, hacer un epigrama contra nosotros y dar pie para que se hicieran mas tarde otra multitud de ellos, hartos picantes y pesados.

Tal vez con mayor actividad de parte de Narvaez, haciendo casi un milagro, pero á modo de milagros son siempre los actos de los eminentes repúblicos que levantan el crédito é importancia de las naciones, pudimos salir de aquel empeño hasta de una manera brillante: pero no se hizo lo que importaba.

En las conferencias diplomáticas de Gaeta, el conde de Esterhazy, ministro de Austria, proponía, llevado sin duda de los celos de su país contra Francia, que los españoles, auxiliados por el ejército de Nápoles, fuesen los que repusieran al Papa en el trono. Los franceses, prontos á desembarcar, y los austriacos, en la frontera de las Legaciones y aperecidos para ocuparlas, debían dar fuerza moral á la expedición mas activa de españoles y de napolitanos contra Roma.

Si este plan se hubiera realizado, y si, favoreciéndonos la suerte, hubiéramos tomado á Roma con 8,000 hombres de España y las tropas auxiliares, ya el nombre de un Fernandez de Córdova, como general de la expedición, no hubiera disonado. Sin duda que en esto hubiéramos corrido un riesgo grande. Rechazados en Roma, no hubiéramos podido hacer lo

que hicieron los franceses, que fué decir, «nosotros nos vengaremos sin el apoyo de nadie;» y, haciendo venir al punto refuerzos, y aumentado su ejército hasta mas de 30,000 hombres, se apoderaron solos de la Ciudad Eterna. Ni nosotros hubiéramos tenido suficiente autoridad para imponer este á modo de veto, ni los refuerzos hubieran venido con la prontitud debida. Nos hubiéramos visto forzados á que franceses y austriacos nos sacasen del mal paso, con grave quebranto de nuestra fama. La gloria, sin embargo, no es fácil de alcanzar; no la alcanzó quien no se aventura; y España en aquella ocasión debió aventurarse.

España, con todo, no se aventuró. Nuestro embajador cerca del Papa, que lo era Martínez de la Rosa, hizo cuanto estuvo en su poder por que se aventurara: pero ni teníamos medios ni dinero para trasportar al punto á nuestros soldados desde las playas de Barcelona. Nuestros soldados llegaron á Italia mal y tarde. Los franceses cercaban ya á Roma. El general Oudinot, que mandaba el ejército francés, había sufrido dos descalabros; pero recibía mas gente, y contaba con apoderarse por sí solo de Roma. El Sr. Lesseps, enviado de la República francesa, trataba con Mazzini, Saffi y Armellini, que eran en Roma triunfadores. Una tregua se estableció entre romanos y franceses. La tregua dió lugar á que la división de Garibaldi tuviese un encuentro con el Rey de Nápoles, que había entrado ya en los Estados Pontificios al frente de su ejército, y le desordenase y amedrentase malamente. La misma división de Garibaldi, sin que los franceses trataran de estorbarlo, entró luego en Roma, aumentando el número de sus defensores. Los franceses casi se mostraban mas amigos que enemigos de los romanos. Los romanos conocían también que su república debía perecer. La lucha, pues, entre romanos y franceses, había tomado el carácter de un duelo entre dos que no se quieren mal, y que pelean, no obstante, para que el honor quede bien puesto y los maldicientes no los censuren.

En estas circunstancias, llegó al fin á Gaeta la división española. El Sumo Pontífice revistió á nuestros soldados y los bendijo. ¡Triste y doloroso papel el de aquel venerable y excelente varón que tuvo que bendecir á los extranjeros que él mismo llamaba en son de guerra contra su patria y contra sus propios súbditos!

Las tropas españolas hicieron brillante y lucida muestra de sí en presencia del Papa y del Rey de Nápoles, el cual quedó maravillado del buen orden, aspecto belicoso, agilidad y destreza, que en las maniobras y evoluciones dejaron ver nuestros soldados. Casi eran estos los únicos triunfos que en tan contrarias circunstancias podíamos esperar. Los franceses no aceptaron la cooperación de los españoles al pie de los muros de Roma, y el general don Fernando Fernandez de Córdova tuvo que resignarse á ocupar á Terracina y otras mas insignificantes poblaciones de lo mas mísero, desolado y despoblado de los Estados Pontificios.

En una proclama que dieron los triunfadores se burlaban de nosotros. Verdad es que á los napolitanos los trataban peor; ni los mentaban; como si no existiesen. En la proclama se veía claro el pensamiento de que era menester pelear para salvar el honor; para probar que el antiguo valor no había muerto aun en las almas italianas; pero sin esperanza alguna. «Detrás del ejército de Oudinot, decía la proclama, está la generosa nación francesa: detrás de Radetzky están los valientes húngaros y la democracia de Viena.» Al mentar á los españoles, nos llamaba *activo hidalgo*, acordándose de Don Quijote, y para zaherirnos mas, añadía que amenazábamos con nuestras fuerzas un lugarejo de nombre ridículo, llamado Ficomicino.

Entre tanto la negociación del señor Lesseps, hartos favorable á la República de Roma, no fué aprobada ni por el Papa ni por el gobierno de Francia.

La pelea entre romanos y franceses fué, pues, inevitable por todas razones, y el ejército francés, despues de una valerosa defensa de los revolucionarios romanos, se apoderó de Roma el día 3 de julio de 1849.

Los bravos soldados españoles, sin haber disparado un tiro, y algo mortificados del poco airoso papel que la adversa disposición de los hados, la impotencia de nuestro gobierno y la

corta habilidad de nuestra diplomacia, les hizo representar, se volvieron á España, trayendo para consuelo las bendiciones pontificias, gran número de rosarios, y el gusto de haber visto la Italia, donde sus antepasados tan extraordinarias cosas habían hecho.

Pero nuestro verdadero consuelo en el desairado papel que entonces hicimos, nos le dieron los mas heroicos italianos, el mismo Mazzini, en sus proclamas, recordando el noble sacrificio de Zaragoza para excitar al pueblo á defender las ciudades, como Brescia, Roma y Venecia se defendieron. Brescia fué la que mejor imitó á Zaragoza. Aunque el ayuntamiento capituló al cabo, hubo valientes que no quisieron rendirse y murieron matando en medio del incendio y de la ruina. Trescientas casas fueron incendiadas ó destruidas por los austriacos. La toma de Brescia costó á estos la muerte del general Nugent, de 38 oficiales y de 1,500 soldados. Despues de la toma, todavía el general Haynau se hizo entregar á cerca de cien personas de las mas comprometidas en la insurrección, á quienes ejecutó bárbaramente. Roma también se defendió con valor. Y ya dominado todo, aun dilató largo tiempo Venecia su valerosa defensa, cuya duración total fué de diez y siete meses. Los mismos alemanes dieron testimonio de la heroicidad de Venecia, abandonada de todos. El fuerte de Malghera, defendido por el napolitano Ulloa, fué abandonado, despues de sufrir el bombardeo durante un mes. *La Gaceta de Augsburgo* decía: «No es posible formar idea del estado de ruina á que el fuerte estaba reducido; á cada paso se tropezaba en un hoyo hecho por una bomba; el suelo estaba sembrado de metralla: era un montón de escombros: todos los cañones habían quedado inutilizados. Ninguna tropa en el mundo hubiera prolongado mas la resistencia.» Venecia misma, obrando como en los mejores dias de su poder y de su gloria, se entregó por una honrosa capitulación, vencida por el hambre y el cólera y cuando ya carecía de pólvora y de pan. Así terminaron, por entonces, la revolución y la guerra de la independencia italiana, tomando mayor brío que nunca la reacción en toda Europa.

El Austria, aunque combatida aun por los húngaros, dió el tremendo ejemplo. El Rey de Nápoles le siguió, si es que no le sobrepujó.

Con ejecuciones frecuentes, prisiones, confiscaciones y tributos atroces, pagó Milan su libertad de pocos dias. Las principales familias, acusadas de liberales, tuvieron que satisfacer una multa de veinte millones de pesetas. Los bienes de los emigrados fueron secuestrados. Y además se impuso á la propiedad un empréstito de 300 millones.

Fernando II, á quien el Papa dió el título de *Rey Píisimo*, al mismo tiempo que el pueblo le dió el de *Rey Bomba*, no fué mas blando con sus súbditos que los austriacos con los lombardos y venecianos vencidos.

Contraponiase á todo esto la admirable conducta de Víctor Manuel que comenzaba su reinado. El Austria le excitaba á acabar también con la libertad: tal vez hubiera logrado en premio una paz menos dura: pero Víctor Manuel, en medio de las mayores dificultades, quiso ser y fué fiel á los principios por los que había combatido. A costa de grandes sacrificios pecuniarios hizo la paz con Austria; pero conservó la integridad del territorio y la autonomía de su Estado. Tres hombres eminentes eran ya sus consejeros: Máximo de Azeglio, el general Alfonso de la Marmora y el conde de Cavour. Este último decía: «Mientras la libertad exista en un rincón de la península, no debemos desesperar del porvenir: siempre habrá medio de trabajar eficazmente en la regeneración de la patria.»

Lo que daba, entre tanto, mayor fuerza á la reacción italiana, extendiendo su influjo y violencia por los otros países y prestándole condiciones de duración y firmeza, fué el divorcio completo del espíritu del siglo y de la religión católica, realizado el día en que huyó el Papa de Roma, y confirmado á su vuelta.

En vano fué que Luis Napoleón Bonaparte tratase de restaurar el poder temporal del Pontífice con amnistía general, secularización de la administración y gobierno constitucional ó liberal en cierto modo. El Pontífice restaurado se echó, á pe-

sar de Francia, en brazos de la reacción, sostenido en este mal camino por el Austria, y por España, que se hizo satélite del Austria. El ministro principal del Papa, presidente del Consejo, fué el cardenal Antonelli, personaje enteramente absolutista y reaccionario, que restableció los antiguos abusos y acabó por hacer del todo aborrecible el gobierno pontificio. El cardenal Antonelli llegó á ser omnipotente en Roma al mismo tiempo que Cavour en Turín. Sobre el valer de una y otra política no ha tardado mucho en dar su fallo la suerte; pero, independientemente del resultado de estas dos políticas, lo cual tiene poco que ver con España, nació de aquella situación un mal gravísimo para todos los pueblos católicos. El cardenal Antonelli, si bien no se ocupaba del dogma sino de la política, vino insensiblemente á apoderarse del ánimo del Papa y casi se puede decir que á él principalmente se debe algo como la creación de un nuevo dogma; pues por tal debe tenerse el haber hecho del catolicismo una fortaleza contra la civilización moderna y contra las ideas liberales.

Mas, tal vez, en España que en nación alguna hubo de producir esta actitud de la corte de Roma deplorables efectos.

Aun subsistía aquí un gran partido, pronto á renovar la guerra civil y á tratar de cambiar la dinastía, fundándose en motivos religiosos. Y había además, entre los mismos dinásticos de Isabel II, no pocos absolutistas teocráticos, ya hipócrita, ya sinceramente llenos de fanatismo y de supersticiones, y teniendo la piadosa creencia, que mas tarde, como hemos dicho, hubo de pasar por dogma, de que el liberalismo y el parlamentarismo eran las peores de todas las impiedades y herejías; las que, por decirlo así, las engendran y producen.

La Reina Isabel, señora de viva imaginación y de sentimientos ardientes, daba con facilidad cabida en su alma á aquello que en las ideas religiosas se fundaba; y el Rey consorte, por una extraña combinación de sibaritismo y misticismo, era harto aficionado á todo linaje de regalos y deleites, sin excluir los sobrehumanos y espirituales, y á veces, merced sin duda á la energía con que sabía expresarse, ejercía en la Reina no pequeño ascendiente.

Como síntoma revelador de lo que de todo esto se podía temer habían ocurrido sucesos extraños durante la expedición española á Italia y el sitio de Roma.

Habíase el Rey hecho amigo de aquella célebre monja del convento de Jesús, llamada Sor Patrocinio, la cual, no contenta con parodiar á Santa Teresa, fingiendo que tenía apariciones y revelaciones celestiales, se atrevió igualmente á parodiar á San Francisco de Asís, mostrando en sus manos, pies y costado, las mismas llagas que tuvo nuestro divino Redentor, y que imprimió sobre el monte de Alverna al poético y entusiasta santo italiano. Con sus milagros fingidos y con el encanto de su palabra, pues aunque vulgar debía de ser astuta, la monja logró dominar, ya á la vez, ya alternativamente, los ánimos del Rey y de la Reina, reconciliándolos en ocasiones. Tenía la monja por auxiliar al confesor del Rey, el Padre Fulgencio, personaje de cortísimos alcances, aunque harto hábil, como por instinto, para ganarse la privanza adulando. Sucedió, pues, que seducida la Reina por la fingida santidad, falsas profecías y consejos de la monja, hubo de ceder á lo que la monja deseaba, poniendo al ministerio Narvaez de repente en la necesidad de presentar su dimisión. Entonces nombró la Reina un ministerio inspirado por la *santa*. El conde de Cleonard fué ministro de la Guerra y presidente del Consejo, y el conde de Colombi ministro de Estado. A pesar de la oposición de la Reina madre María Cristina, los nuevos ministros juraron sus cargos el 19 de octubre de 1849.

Por fortuna, la opinión pública se manifestó del modo mas resuelto apenas cundió esta noticia. Las autoridades civiles y militares presentaron su dimisión. Todos los periódicos, menos los absolutistas, descargaron su furor sobre el ministerio. Contra él se esgrimieron también las armas del ridículo. En suma, el desagrado se mostró de mil modos y todos eficaces. La Reina Isabel hubo entonces de asustarse; se arrepiñó de lo que había hecho; y, para remediarlo, llamó en seguida á Narvaez, el cual reconstituyó su ministerio.

La Reina, benigna siempre y generosa, suplicó á Narvaez que no castigase á nadie, asegurando, como era la verdad,